

«patochada» yo te contestaré en francés — exclamó triunfalmente.

Pero la reina, enojada, respondió:

—Las reinas nunca hacen retruécanos.

—Lo que yo deseo — pensó Alicia — es que las reinas no hagan tantas preguntas y me dejen en paz.

—No riñamos — dijo, interviniendo algo inquieta la reina blanca —. Vamos a hablar de otra cosa. ¿Cuál es la causa del rayo?

—La causa del rayo — contestó Alicia, muy decidida, segura de saberlo — es el trueno... ¡No, no! — rectificóse al momento —. Quise decirlo de otra manera.

—Ya es tarde para enmendarlo — le interrumpió la reina roja —. Cuando se dice una cosa, así queda, y hay que atenerse a las consecuencias.

—Lo cual me recuerda — contestó la reina blanca muy nerviosa, abriendo y cerrando las manos —; me recuerda, digo, la tronada que tuvimos el martes pasado..., mejor dicho, el pasado grupo de martes, ¿entiendes?

—En *nuestro* país — observó Alicia perpleja — tenemos sólo un día por vez.

—Mezquina manera de hacer las cosas — dijo la reina roja —. *Aquí*, en cambio, la mayor parte de las veces se juntan dos o tres días, o dos o tres noches en una sola, y en algunas ocasiones, en invierno, por ejemplo, juntamos cinco noches en una, para calentarnos mejor, ¿te enteras?

—¿Son entonces — aventuróse a preguntar Alicia — más calientes cinco noches que una?

—¡Claro! ¡Eso salta a la vista! Son cinco veces más calientes.

—Pero con esa teoría — repuso Alicia — serán también cinco veces más frías.

—¿Desde luego! — exclamó la reina roja —; cinco veces más calientes y cinco veces más frías... ¡Nadie lo puede discutir! Lo mismo que nadie puede discutir que yo soy cinco veces más rica que tú y cinco veces más inteligente que tú.

—Esto es un rompecabezas sin solución — pensó Alicia. Y se levantó, exhalando un profundo suspiro.

—Humpty Dumpty también lo vió — prosiguió la reina blanca en voz baja y como ausente de cuanto ocurría a su alrededor —. Fué hasta la puerta con un sacacorchos en la mano...

—¿Y qué quería? — preguntó la reina roja.

—Dijo que quería entrar — respondió la reina blanca — porque iba en busca de un hipopótamo... Pero aquella mañana, tal cosa no se encontraba allí.

—¿Pero es común allí? — preguntó Alicia admirada.

—Sí, aunque sólo los jueves — contestó la reina muy tranquila.

—Ya sé a qué fué — dijo la niña —. Quería castigar a los peces, porque...

Aquí fué interrumpida por la reina blanca, quien continuó con su extemporánea narración.

—¡Fué una tronada de la que no puedes formarte idea!... Parte del techo voló... Los truenos entraron y rodaron por la habitación en grandes masas, golpeando las mesas y todo cuanto allí había. Me asusté de tal modo, que ni siquiera me acordaba de mi propio nombre.

—Yo nunca probé de recordar mi nombre en medio de una catástrofe — pensó Alicia —. ¿Qué utilidad reportaría?

No se atrevió a decirlo en voz alta, temerosa de herir la sensibilidad de la pobre reina.

—Excúsala, majestad — rogó la reina roja a Alicia, mientras tomaba una mano a la reina blanca y la estre-